

JUSTINE LARBALESTIER

MI HERMANA ROSA



«*Mi hermana Rosa* es una novela impresionante...
La imaginación de su autora es un instrumento
maravilloso y escalofriante.»

John Green, autor de *Bajo la misma estrella*

¿Qué pasaría si la persona más aterradora que jamás hayas conocido es tu hermana de diez años?

Un trepidante *thriller* psicológico juvenil que mantendrá a los lectores enganchados hasta las últimas páginas.

Rosa es inteligente, talentosa, guapa y tan hábil para el engaño que Che está convencido de que su hermana es una psicópata. Rosa no ha hecho daño a nadie aún, pero él está seguro de que es tan solo cuestión de tiempo. Pero cuando la familia se va a vivir a Nueva York, Che sueña constantemente con volver a Sídney y pasar el tiempo con sus tres mejores amigos. Pero antes tendrá que ayudar a su hermana Rosa, quien ha comenzado a desarrollar unos más que complejos y perturbadores juegos.

¿Podrá Che proteger a Rosa del mundo?

O mejor dicho.

¿Podrá Che proteger al mundo de Rosa?

Para mi agente, Jill Grinberg, que siempre ha creído en mi obra y me ha apoyado cuando más lo necesitaba.

PRIMERA PARTE

Mantener a Rosa bajo control

1

Rosa está tocando todos los botoncitos.

Hace que el asiento se recline adelante y atrás, sube y baja el reposapiés, lo guarda y lo vuelve a sacar, enciende y apaga las luces, extrae y vuelve a guardar la pantalla del asiento.

Nunca habíamos volado en clase *business*. Rosa tiene que tocarlo todo para averiguar dónde están los límites y salirse con la suya para sobrepasarlos.

Tiene encantados a los auxiliares de vuelo. Siempre es así, lo mismo con casi todos los que no la conocen. Tiene diez años, tirabuzones rubios, unos enormes ojos azules y hoyuelos en las mejillas que hace aparecer a voluntad, como si apretara un botón.

Rosa parece una muñeca, pero no lo es.

Ocupa el asiento de la ventanilla, lo cual significa que me interpongo entre ella y sus posibles víctimas. De momento disfruta descubriendo los botoncitos. Puede abstraerse con facilidad, tocando botones, contando granos de arena, calculando ángulos o investigando cómo funcionan las cosas y cómo aprovecharlas en su beneficio.

Espero que esté distraída hasta llegar a Nueva York. Aunque lo dudo. El vuelo es largo: se aburrirá, y buscará la manera de crear problemas sin que se enteren nuestros padres, Sally y David. Es su juego. Mi función es controlarla.

Las novedades de viajar en *business* la mantendrán ocupada mucho más tiempo que si viajáramos en turista. Es bastante guay; puedo estirar las piernas y apenas llego al asiento de delante, no me golpeo las rodillas como de

costumbre. Ojalá hubiera un gimnasio. Ojalá el avión tuviera como destino Sídney y volviéramos a casa.

–Me gustaría saber cuánto cuesta abrir la salida de emergencia. –Rosa está mirando la tarjeta con las recomendaciones de seguridad.

–¿Para alguien como tú? Sería imposible. Eres demasiado pequeña. Además, nadie puede abrirla durante el vuelo. –No sé si eso es cierto. Estoy seguro de que Rosa lo averiguará y me lo dirá.

–¿Se podría provocar un incendio en el avión?

No se atrevería a decir estas cosas si pudieran oírla Sally y David. Pero están en la fila de delante y el zumbido de los motores ahoga nuestras palabras. Puedo oír todo lo que dice Rosa, el clic de los botones, cómo chirría su asiento; y ella también me oye a mí. Pero no oímos lo que dicen los demás, ni ellos nuestras palabras.

–Che.

–¿Qué, Rosa?

¿Irá a preguntarme cómo se puede hacer explotar el avión?

–Ojalá nos hubiéramos quedado en Bangkok.

No creo que lo diga en serio. A Rosa parece no importarle adónde nos puedan arrastrar nuestros padres: Nueva Zelanda, Indonesia, Tailandia, o de vuelta a Australia. Le da lo mismo.

–¿Seis meses te ha parecido poco tiempo? –Seis meses es todo un récord para nuestra familia.

–Echaré de menos a Apinya.

Le lanzo una mirada desaprobatoria, pero no digo nada. Apinya no la va a echar de menos. No después de lo que Rosa le hizo. Cuando nos despedimos, Apinya se aferró a su madre llorando, negándose a soltarla. Sus padres creían que estaba disgustada por perder a Rosa, pero yo sabía que Apinya tenía miedo de ella.

Rosa vuelve a centrar su atención en los botoncitos, pulsándolos una y otra vez. Está esperando que le diga

que pare. Lo cual no va a suceder. Conecto los auriculares al móvil y abro un *podcast* de Flying Fists (grabé cinco distintos para el viaje), mientras leo los últimos mensajes de mis mejores amigos, Jason, Georgie y Nazeem. Giro el móvil para que Rosa no pueda verlos.

–¿Ya ha incendiado algo?

–Qué gracioso.

Después de que Rosa haya sacado el tema, tiene más gracia. Ojalá estuviera aquí Georgie. Y Jason. Y Nazeem. Les echo de menos. Son los únicos a los que puedo hablar de Rosa. Aunque solo Georgie me crea.

A mitad del segundo *podcast*, un especial sobre Muhammad Ali, Rosa me da un codazo.

–Che.

–¿Sí, Rosa? –Dejó caer los auriculares.

–He sido buena y he cumplido mis promesas.

Suspiro. Rosa casi siempre mantiene sus promesas a medias. Sería un abogado terrible.

–Deberías dejarme hacer alguna travesura pequeña.

–Ser buena no es un juego, Rosa. –Todo es un juego para ella.

Saca sus hoyuelos, aunque sabe que soy inmune.

–Me merezco una recompensa por ser buena.

–Tu recompensa es que no se lo cuente a nuestros padres.

–Pero si siempre te chivas.

–No de lo que le hiciste a Apinya.

Solía contar a nuestros padres todo lo que hacía Rosa. Pero ya no. Están convencidos de que su actuación (así es como lo llaman ellos) es normal para una niña de su edad. Insisten además en que ha mejorado mucho. Pero no es cierto: lo que ha mejorado es la táctica para ocultar quién es realmente. Según ellos, Rosa tenía problemas, y la llevaron a doctores, terapeutas y especialistas que la curaron. Problema resuelto. Ahora creen que le cuesta un po-

co socializar, y que nuestro deber es ayudarla quitándole importancia.

–No hay nada que contar. No hice nada.

No pienso repetirle por enésima vez que hacer que alguien haga algo horrible es tan malo como hacerlo uno mismo.

–Hay gente que hace cosas malas todo el tiempo.

–Tú no eres... –empiezo a decir.

–Mira a ese señor mayor. Está siendo malo.

Al otro lado del pasillo un hombre de mediana edad en traje de negocios hace señales para llamar a una azafata. Está bebiendo un líquido ambarino como si fuera agua.

–Beber así es malo –dice Rosa con gazmoñería–. Ya lleva siete. –Cruza los brazos como si estuviera orgullosa de su observación–. ¿Por qué no se niegan a servirle más, o lo llevan a la cárcel del avión?

–No hay cárcel en el avión.

–Está molestando a esa mujer –dice ahora, como si le importara.

El hombre se está reclinando en la mujer de al lado, lo cual no es nada fácil, ya que en *business*, en vez de un reposabrazos, hay una mesa entre los asientos. La mujer intenta apartarse. Tiene unos auriculares y un libro en la mano.

Me pregunto si debería hacer algo. Tal vez al hombre le daría vergüenza que un chico de diecisiete años le llame la atención sobre su comportamiento de mierda.

Antes de ponerme en pie, aparece una azafata a nuestro lado. No se dirige al borracho, sino a Rosa.

–¿Necesitas algo, señorita? –pregunta, mientras se inclina hacia delante para apagar la luz de llamada.

Rosa está radiante, saca los hoyuelos y hace que se balanceen sus tirabuzones. La azafata no puede evitar devolverle la sonrisa.

–No necesito nada, pero esa señora tal vez sí. –Rosa señala hacia el otro lado–. Ese hombre la está molestan-

do. ¿Puede hacer algo? Mi hermano dice que no hay cárcel en el avión, pero, si la hubiera, habría que encerrarlo allí. Es malo.

La azafata gira las palmas de las manos como disculpándose.

–No hay cárcel en el avión, lo siento. Eres muy atenta preocupándote por ella. Echaré un vistazo.

Vuelve a sonreír a Rosa.

–Me gustan tus pendientes –dice mi hermana. Son de oro con incrustaciones rojas y van pegados a los lóbulos de las orejas.

–Gracias. –La azafata avanza por el pasillo.

–¿Lo ves? –dice Rosa—. Sí que me importan los demás. He ayudado a la mujer. ¿Cuál es mi recompensa?

–Ayudar a alguien es la recompensa.

Rosa pone los ojos en blanco. Una expresión que reserva para mí.

–Creo que la azafata debería regalarme sus pendientes.

Me echo hacia atrás en mi asiento y retomo el especial de Muhammad Ali. Todavía es un novato llamado Cassius Clay.

Rosa está viendo una película, pero no giro la cabeza para ver cuál es. Quizás así deje de tocar los botoncitos un rato. Cassius Clay acaba de ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

El borracho se balancea por el pasillo. Tropieza y se agarra a mi asiento para equilibrarse. Apesta a alcohol y sudor rancio.

–Hola, pequeña –dice mirando a Rosa—. Qué pelo tan bonito. Igual que Shirley Temple. Apuesto a que no sabes quién era.

Rosa le saca la lengua.

–Sí que lo sabe... –respondo, pero el borracho ya avanza dando traspiés hacia los servicios. No parece capaz de concentrarse en nada durante mucho rato.

La azafata con la que ha hablado Rosa avanza por el otro pasillo y se agacha para dirigirse a la mujer a la que estaba molestando el borracho. No podemos oír qué dice, pero esta recoge sus cosas rápidamente y la sigue hacia la parte delantera del avión.

—La cambian a primera clase —dice Rosa—. Gracias a mí. La he salvado. Deberían ponerme también en primera. Esa debería ser mi recompensa.

Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco.

—Los McBrunight deberían habernos puesto en primera —dice Rosa—. Son ricos. Estoy segura de que ellos sí vuelan así.

Los McBrunight son los amigos más antiguos de Sally y de David. Se conocen desde que tenían mi edad. Nos pagan el billete para empezar un negocio en Nueva York. Mis padres han empezado muchos negocios. Se han especializado en empezarlos, para luego venderlos e irse.

—La han cambiado, pero ¿cómo van a castigarle a él, Che? Ojalá hubiera una cárcel en el avión.

—Probablemente escupirán en su café.

—Eso no es suficiente.

—Era broma, Rosa. No hacen esas cosas.

—Deberían.

—El mundo no siempre funciona así, hermanita.

—¿Cómo funciona el mundo? —pregunta Sally, inclinándose por encima de mí para darle un beso a Rosa—. ¿Cómo están mis niños?

—La clase *business* es la mejor —dice Rosa—. Me gustan los asientos de los ricos. Deberíamos volar siempre así.

Sally se ríe.

—Ojalá.

—Que paguen los McBrunight —dice Rosa—. Pero la próxima vez deberíais decirles que nos pongan en primera.

Sally suspira.

—Me gustaría ver cómo es. Debe de haber un montón de botones. —Rosa pulsa uno para enderezar el respaldo,

y enseguida vuelve a apretarlo para reclinarlo.

–Ya veo que los has probado todos.

«Como si fuera la primera vez», pienso, pero no lo digo.

–David ha hecho lo mismo y se ha quedado dormido.

Sally y yo sonreímos. David se duerme en todas partes.

–Voy a ver todas las películas –dice Rosa.

–¿Tienes que ir al baño?

–¡Sally! –protesta Rosa–. Tengo diez años, no dos. Puedo ir yo solita.

Mi madre alza las manos.

–Vale, vale. Puedes ir sola. –Baja la voz y me susurra al oído–: Vigílala.

Siempre lo hago.

Sally se inclina para dar un beso a Rosa y me da un abrazo rápido.

–Intenta dormir un poco.

Vuelve el tufo a alcohol.

–Es un hombre muy malo. –Rosa observa cómo se desploma en su asiento–. No le han castigado –dice, antes de cerrar los ojos y quedarse dormida casi inmediatamente. Como David.

Al otro lado del pasillo, el hombre duerme con la boca abierta. Estoy casi seguro de que está roncando.

Sigo viendo las películas de boxeo con la esperanza de quedarme dormido antes de que se me acabe el material. Pienso en todo lo que me dije a mí mismo que evitaría pensar. Por ejemplo, que estamos yendo hacia Nueva York, no a casa; o cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a Sídney; o que voy a cumplir diecisiete años poco después de aterrizar. Estaremos los cuatro solos. Será otro cumpleaños asqueroso. Ya van muchos.

Sobre todo pienso que Rosa nunca va a entender por qué le hago cumplir tantas promesas. ¿Cómo puedo ha-

cerle comprender que portarse bien no es un juego?

No puedo seguir sentado. El aire huele a plástico reciclado. Acabo de beber agua pero tengo la boca seca.

Tras comprobar que Rosa está dormida, voy a la zona situada entre la clase *business* y turista. Las cortinas están corridas y hay un mostrador de plástico blanco con sillas giratorias de idéntico material. Me sirvo agua mientras rodeo con la pierna la base de la silla para estirar la pantorrilla. Bebo un poco, alterno entre una pierna y otra y me sirvo más agua. Después de cuatro vasos mi lengua sigue pegada al paladar.

Me tumbo en el suelo para hacer flexiones. Una serie rápida de veinte. Igual alguien quiere pasar, y puede que Rosa se despierte.

Doy una vuelta por la clase *business*. David está durmiendo; Sally, leyendo. Sonríe al verme, me aprieta la mano, vuelve a la lectura. Rosa está en la misma posición. Tiene la boca ligeramente abierta y respira suavemente con regularidad. Parece un ángel.

Paseo por la clase turista, donde los pasajeros están apretujados en asientos diminutos que apenas se reclinan, pero casi todos duermen. Nunca he podido dormir en los vuelos, ni quedarme sentado tanto rato sin moverme, y siempre me ha tocado sentarme con Rosa, sin poder relajarme a la espera de lo que pudiera hacer.

La noche antes de viajar estuve casi todo el rato despierto hablando con Georgie, Jason y Nazeem; no sobre Rosa, aunque sabía que podía si lo necesitaba. Nos conocemos desde los cinco años, cuando coincidimos en una clase de *kickboxing*. Bueno, Georgie, Jason y yo. Nazeem era el mejor amigo de Jason en la escuela. Enseguida nos convertimos todos en grandes amigos.

Va a ser difícil seguir en contacto desde Nueva York. Entre Sídney y Bangkok hay unas cuantas horas de diferencia, pero con Nueva York hay más de medio día de retraso.

Vuelvo a pasar por la cabina de business, aunque ahora estoy preocupado por dejar a Rosa sola tanto rato. Mi corazón se acelera, pero allí está, profundamente dormida. Sally también. Todos menos yo.

Veo otra película. En esta no hay ni una sola escena de boxeo.

Seremos los últimos en salir del avión. Como siempre, porque David no cree en las prisas. Da igual lo desesperado que esté por estirar las piernas, por correr; tenemos que ir a su ritmo.

Cuando por fin llegamos a la pasarela, el borracho (ahora con resaca), con la cara roja y jadeando, nos empuja para salir primero.

–Qué hombre tan maleducado –dice Sally.

Rosa se ríe.

Casi me río yo también. Hemos conseguido llegar sin que haga nada.

Tras una hora para pasar por inmigración y recoger el equipaje, nos acomodamos en el coche más grande al que he subido en mi vida. Rosa y yo nos sentamos detrás. Hay pantallas de televisión con mando a distancia y botellas de agua, pañuelos de papel y bolsitas con frutos secos. Es como si siguiéramos en el avión. Tengo ganas de gritar.

Mis padres ocupan la fila de en medio, donde hay una nevera, y se plantean si es buena idea tomarse un vino. Deciden a su pesar que es mejor abstenerse.

Rosa aprieta más botoncitos. Miro por la ventana aunque solo veo otro coche aparcado al lado. Me escuecen los ojos. Me duelen hasta las uñas de los pies.

–Más botoncitos de gente rica.

–Todos los coches tienen botones para las ventanas –farfallo sin mirarla.

–No como...

–Está lloviendo –dice el conductor cuando arranca el coche–. Quizá sea mejor dejar subida la ventanilla.

Rosa acciona el botón para subirla.

Ya en la autopista solo se oye el ruido del motor, el tráfico y el viento. Me reclino hacia atrás, con la mirada fija en la sombría y húmeda oscuridad, a veces con manchas de luces de colores. No creo que podamos ver la silueta de Nueva York. No parece importarme, y eso no mola.

En poco más de una hora será mi decimoséptimo cumpleaños, y lo peor será cumplir los diecisiete lejos de casa, sin mis amigos.

Cierro los ojos y me dejo llevar.

–¿Quieres ver una cosa? –me dice Rosa al oído.

Me sobresalto.

–¿Qué?

Rosa está sonriendo, lo cual es mala señal. Me pongo alerta.

Ha dejado una rendija en la ventanilla a su lado que es-
cupe lluvia.

–Cierra la ventanilla, Rosa.

Saca una especie de cuaderno de su mochila y lo gira para que pueda verlo bien.

Un pasaporte australiano. Lo abre por la página con la foto: es el borracho del avión.

Me abalanzo sobre Rosa mientras lo tira por la ventanilla.

–He ganado –dice Rosa.

2

Rosa es una bomba de relojería.

La etiqueta no creo que tenga importancia: psicopatía, sociopatía, trastorno de personalidad antisocial, maldad o tener el demonio dentro. Lo que importa es cómo evitar que la bomba explote.

Sería mucho más fácil si mis padres aceptaran que Rosa es una bomba. Sería mucho más fácil si no lo fuera. Daría todo porque no fuera como es. Rosa tiene todos los síntomas del test de psicopatía de Hare, excepto la promiscuidad, conducir demasiado rápido y otros pecados de adultos. Hay que darle tiempo.

El test, aunque tiene varias versiones, incluye decenas de preguntas diseñadas para indicar distintos aspectos. Los cuatro que para mí tienen más sentido son:

Insensibilidad: Rosa no se preocupa por nadie, excepto por sí misma.

Desinhibición: Rosa es una amante de la adrenalina impulsiva. Su apreciación del riesgo es fatal, porque no cree que le pueda pasar nada. Si quiere algo, va a por ello.

Ausencia de miedo: nada la asusta ni le preocupa.

Carisma: tiene demasiado. Encandila a la gente y consigue que hagan lo que ella quiere.

Rosa es una bomba de relojería y yo soy el responsable.

Mi hermana Rosa nació en nuestra casa, en Sídney, cuando yo tenía siete años. Yo estuve presente en el parto, aunque los padres de David, Papa y Nana, decían preocupados que podría traumatizarme. Tuvieron muchas broncas con David, y Papa llevaba como siempre la iniciativa.